



El género y el Vaticano

Joan W. Scott

Estos reflexivos ensayos sobre lo que Eric Fassin llama “democracia sexual” y sus críticas/os religiosas/os, principalmente el Vaticano, señalan una serie de temas importantes en los conflictos en curso entre los significados del género y las implicancias sociales y políticas de su uso.

El primero es la persistente tensión, según la describe Fassin, entre el nominalismo y el realismo o, para decirlo de otra forma, entre el constructivismo y el esencialismo. En el primer caso, se considera que los conceptos son el producto de la invención humana, de manera que su definición es histórica y política y por lo tanto está abierta a revisión y cambio. En el segundo caso, los conceptos son cualidades inmutables que refieren a propiedades esenciales de las personas y las cosas. Sin embargo, estos ensayos demuestran que esa distinción es difícil de mantener. Muestran que incluso cuando el Vaticano pelea su guerra contra el “género” ajusta su propio lenguaje para estar a la altura del desafío de las/os teóricas/os feministas y queer. Así, Mary Anne Case rastrea el surgimiento reciente de la noción de complementariedad de hombres y mujeres en la doctrina católica y la estratégica inserción de la “igualdad” entre los sexos en el período iniciado a partir de la segunda posguerra. Sara Garbagnoli muestra que el Vaticano insiste en defender las naturalezas de origen divino de hombres y mujeres pero ahora, para repudiar al feminismo, habla en términos de igualdad en la diferencia en vez de hablar de la sumisión de las mujeres al dominio de los hombres. Y Mario Pecheny y sus colegas vinculan la transición a la democracia de Argentina (luego de 1983) con la posibilidad de articular y ganar demandas por derechos sexuales para mujeres y personas LGBT. En Argentina, figuras religiosas progresistas se alían con activistas feministas y por los derechos de los gays sobre la base del pluralismo humanitario y en ese proceso implícitamente respaldan la visión constructivista aún cuando sostienen creencias trascendentales.

Una segunda cosa que podemos comprender con estos artículos es que el secularismo y la religión no son opuestos en los discursos conservadores católicos, sino que se han fusionado para crear una “cato-laicidad”, como la llaman las/os francesas/es. No creo que realmente se haya tratado nunca de una oposición cruda entre lo secular y lo religioso, excepto quizás en la retórica de las campañas anticlericales. Pero el Vaticano se aprovechó de la histeria creada por “la cuestión musulmana” en los países de Europa occidental para insistir en la complementariedad de lo secular y lo religioso (!). Hubo una gran reunión entre Jürgen Habermas y el papa Benedicto XVI en la cual el papa habló de la racionalidad inherente al cristianismo (comparado con la irracionalidad de las/os seguidoras/es del islam) y también estuvo el respaldo de Benedicto a Nicolas Sarkozy cuando éste dijo que la identidad nacional francesa era el producto de dos corrientes: el Iluminismo y el cristianismo. Tal como lo cita Garbagnoli, Benedicto dijo que los países católicos no tienen que “cortar sus raíces cristianas” porque así “perderían sentido y debilitarían el cemento de la identidad nacional”. Por supuesto, esas raíces cristianas significan reconocer la importancia del matrimonio entre heterosexuales para la estabilidad social y política. Sin embargo, aceptar el Iluminismo abre la puerta para las nociones constructivistas del género.

En estas páginas aparece una multitud de otras contradicciones: por ejemplo, la naturaleza progresista de la legislación argentina sobre derechos sexuales excepto por la cuestión del aborto. Aún cuando hay una mayor tolerancia hacia todas las clases de prácticas sexuales, sigue firmemente vigente la importancia de la procreación como el objetivo principal del sexo.

Luego está la extraña forma en la que los intentos académicos de teorizar el género (es decir, de estudiar cómo y de qué maneras las atribuciones de roles sociales se sustentan en presuntas leyes naturales acerca de la diferencia sexual) han quedado reducidos a la “teoría de género”, que sería una doctrina política nociva que tiene como objetivo derrocar el orden social tal como está legislado por la naturaleza y por Dios. Como señala Fassin, es a la vez horroroso ver las ideas propias tan severamente distorsionadas y, sin embargo, hay algo de satisfacción en darse cuenta de que una indagación académica puede tener repercusiones tan fuertes en la esfera pública. Mientras buscan exorcizar al demonio de la “teoría de género”, las/os representantes del Vaticano inevitablemente abren una discusión que habla el lenguaje de sus enemigos aunque traten de silenciarlos.

Y luego está el aspecto carnavalesco de todo esto, tan bellamente evocado en las descripciones que hace Fassin de muchachos en vestidos escotados que protestaron contra la “papisa” del género, Judith Butler, cuando recibió un grado honorario en la Universidad de Bordeaux. También relata las payasadas de Frigide Barjot y los torsos desnudos y las referencias obscenas desplegadas por los opositores al matrimonio entre gays. En su ferviente rechazo a la ampliación de los límites aceptables del género, estas personas que protestan aprovecharon la oportunidad de permitirse sus fantasías más profundas y más secretas. El reverso de la “homofobia oculta” que Fassin le atribuye a este comportamiento es la homosexualidad de closet. Después de todo, estas performances concretan exactamente el tipo de alivio gozoso (un cierto placer) prometido por las/os defensoras/es de la democracia sexual. Y nos recuerdan que las prohibiciones religiosas siempre han producido tantas transgresiones como represiones.

La determinación del Vaticano de erradicar la “teoría de género” es una causa perdida por muy coordinada y feroz que sea, por mucho que el papa Francisco la esté manejando estratégicamente. Estos ensayos documentan su influencia y su poder, pero también exponen sus muchas contradicciones. No sólo parecen innegables, sino que son prueba de la inevitable mutabilidad del género y de la imposibilidad de fijar los significados de las diferencias de sexo de una vez y para siempre.